

BEST SELLER del *NEW YORK TIMES*

¡Reconquista tu tiempo!

Vivimos con el reloj
equivocado y nos está
destruyendo

Un manifiesto

Jenny Odell

Ariel

Jenny Odell

¡Reconquista tu tiempo!

Vivimos con el reloj equivocado y nos está
destruyendo. Un manifiesto

Traducción de María Serrano Giménez

Ariel

Título original: *Saving Time*

Primera edición: abril de 2024

© 2024, Jenny Odell

Esta edición se publica mediante acuerdo con Frances Goldin Literary Agency Inc.
a través de International Editors' Co.

© María Serrano Giménez, por la traducción, 2024

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3752-4

Depósito legal: B. 5.250-2024

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Sumario

<i>Introducción. Un mensaje para el mientras tanto</i>	13
1. ¿El tiempo de quién, el dinero de quién?	41
2. Autotemporizador incorporado	93
3. ¿Puede haber ocio?	143
4. Devolver el tiempo a su lugar	189
5. Un cambio de sujeto	235
6. Tiempos insólitos	281
7. Extender la vida	329
 <i>Conclusión. Partir el tiempo por la mitad.</i>	 373
 <i>Agradecimientos.</i>	 403
<i>Notas.</i>	407
<i>Bibliografía</i>	467
<i>Créditos y permisos</i>	479
<i>Índice alfabético</i>	481

¿El tiempo de quién, el dinero de quién?

El puerto de Oakland

Para mí, el tiempo tiene que ver con la duración de la vida y con el envejecimiento de los individuos en el contexto de la historia de nuestro mundo, el universo, la eternidad.

DOMINIQUE, maestra de escuela entrevistada
por Barbara Adam en *Timewatch*¹

Los átomos de tiempo son los elementos de la ganancia.

Maestro de fábrica británico del siglo XIX,
citado por Karl Marx en *El capital*²

Hemos salido por el túnel de la calle 7, hacia el puerto de Oakland, en dirección oeste en un sedán con la pintura toda comida por el sol que tengo desde que iba al instituto. El reloj del coche dejó de funcionar en algún momento indeterminado, hace bastante tiempo, pero mi teléfono nos informa de que son las siete de la mañana, ocho minutos después de la salida del sol.

Delante tenemos una vasta extensión de cemento salpicada de palmeras y trozos de cosas: camiones sin contenedor; contenedores sin camión; carrocías, llantas, cajas, palés. Todo amontonado, a veces apilado, separado según criterios que de entrada no nos resultan legibles. Es un paisaje de trabajo. A medida que el tendido de las vías

del tren BART y su verja se van metiendo bajo tierra para atravesar la bahía de San Francisco, dejan paso a la visión de otro tipo distinto de tren, filas de dos pisos de contenedores en combinaciones aleatorias de colores: blanco y gris, azul marino y rosa fucsia, rojo vivo y rojo oscuro, terroso. También se ven algunos signos de necesidades físicas humanas: una mesa de pícnic pintada de rojo, un aseo portátil, un puesto de comida vacío y un rótulo de vinilo que anuncia servicios quiroprácticos.

Nos detenemos en el Middle Harbor Shoreline Park, separado por una verja de la terminal de SSA Marine. Al otro lado de la verja, las pilas de contenedores alcanzan seis pisos de altura y dan la impresión de una ciudad interminable hecha de metal corrugado. Algo más allá, esas figuras que parecen dinosaurios: las grúas apiladoras azul verdoso y las grúas pórtico de color blanco, algunas de hasta dieciséis pisos de altura. Debajo de ellas hay un barco enorme llegado desde Shenzhen. Pero, por ahora, toda esa maquinaria sigue dormida; quienes trabajan en el puerto están empezando a pasar por el reloj de fichar.





En julio de 1998, el Instituto Nacional italiano de Física Nuclear (INFN) decidió obligar a sus investigadores a que ficharan a la entrada y salida del laboratorio. No imaginaban la respuesta que iba a desatar su decisión, no solo en el seno del propio instituto sino por todo el mundo. Cientos de personas del ámbito de la ciencia mostraron su apoyo a las protestas de los físicos del INFN, acusando a la medida de ser innecesariamente burocrática, insultante y completamente ajena a la forma en la que se trabaja realmente en la investigación científica. «La buena ciencia no puede medirse empleando un reloj», escribió el exdirector del Instituto Estadounidense de Física. Un profesor de física de la Universidad de Rochester conjeturó: «Debe de ser que quien está asesorando a la INFN sobre cómo implementar mejoras en la productividad es la industria textil estadounidense». Y el subdirector del Lawrence Berkeley National Laboratory manifestó con un abrupto sarcasmo: «A lo mejor, lo siguiente será que te encadenen a la mesa y a la silla para que, una vez que hayas entrado, no puedas salir; o, mejor aún, implantar una monitorización cerebral para asegurarse de que el tiempo que estás en tu mesa estás pensando en la física y no en otras cosas».³

En una compilación de cartas escritas en respuesta a esta nueva política, solo aparecen unas pocas que se muestren ambivalentes ante las protestas de los científicos. La expresión más clara en su contra la proclama Tommy Anderberg, un extraño corresponsal que no detalla su ocupación profesional. Se identifica simplemente como un contribuyente. Un contribuyente indignado por la protesta de los empleados públicos:

Sus empleadores, que en este caso es cualquiera que esté pagando sus impuestos en Italia (los impuestos verdaderos, el dinero que se deriva de los ingresos obtenidos en el sector privado, no la ficción contable que se aplica precisamente a la nómina que a ustedes se les paga, financiada con los impuestos), tienen todo el derecho a exigir que estén ustedes en su lugar de trabajo durante las horas estipuladas en su contrato.

Si los términos de su contrato no les satisfacen, váyanse.

De hecho, tengo una gran sugerencia que hacerles, si es que desean tener libertad de verdad. Hagan lo que hice yo: monten su propia empresa. Entonces podrán tomar sus propias decisiones y trabajar cuando, donde y con lo que les plazca.

En el fondo, este desacuerdo —entre, por un lado, los trabajadores científicos y, por el otro, el INFN y Tommy Anderberg— no tiene que ver únicamente con la cuestión de qué es el trabajo y cómo debe medirse. Tiene que ver también con la cuestión de qué es lo que te está comprando una empresa cuando te paga. Anderberg considera que eso comporta todo un paquete que incluye no solamente trabajo, sino también minutos de vida, presencia física y humillación.

Tal como reflejan los irónicos comentarios de los científicos sobre las fábricas y «que te encadenen a la mesa» (imagen recurrente en varias de las cartas), la idea de fichar al entrar y al salir proviene de un modelo laboral industrial. Quizás una de las mejores representaciones de dicho modelo sea el principio de la película *Tiempos modernos* de Charlie Chaplin, de 1936. La primera imagen que vemos en la película es un reloj, rectangu-

lar y severo, ocupando de fondo toda la pantalla mientras pasan los títulos de crédito.⁴ Inmediatamente después, vemos una escena de un rebaño de ovejas avanzando que se funde con una panorámica de los trabajadores que salen del metro y se dirigen al trabajo en «Electro Steel Corp.», donde coexisten dos tipos de tiempo muy distintos.

El primero es un tiempo sosegado: el presidente de la compañía está sentado a solas en un despacho tranquilo, haciendo un puzle y hojeando distraídamente un periódico. Una asistente le lleva un vaso de agua y una pastilla y, después, el presidente se pone a mirar en una pantalla imágenes de distintas secciones de la fábrica recogidas por las cámaras del circuito cerrado. En otra pantalla, su rostro aparece ante un trabajador que está a cargo del ritmo de la fábrica. «¡Sección Cinco! —ladra el presidente—. Aumente la velocidad a cuatro uno.»

El personaje de Chaplin, el Vagabundo, está sujeto a la segunda temporalidad: la del tiempo como castigo, en perpetua intensificación. Trabaja enroscando tuercas a un ritmo frenético en piezas de maquinaria en una cadena de montaje, y cuando tiene que rascarse una picazón o se distrae con una abeja que revolotea por su cara, pierde el ritmo y se queda atrás. Cuando el capataz le indica que se tome un descanso, se aleja caminando a trompicones, incapaz de detener la repetición de los movimientos que le exige su labor. En el cuarto de baño, la maníaca banda sonora se torna por un momento ensoñadora y el Vagabundo se serena un poco. Empieza a disfrutar de un cigarrillo, pero de inmediato aparece la cara del presidente en la pared del baño: «¡Eh! ¡No pierdas tiempo! ¡Vuelve al trabajo! ¡Vamos!».

Mientras, la empresa empieza a probar un dispositivo para ahorrar tiempo ingeniado por un inventor. Viene con su propio anuncio grabado en disco de gramófono: «La máquina de comer Billows, un práctico aparato que alimenta a sus hombres mientras trabajan. ¡Suprima el descanso del almuerzo! Adelántese a la competencia. La máquina de comer Billows eliminará la hora del almuerzo». El Vagabundo, que está en su tiempo de descanso, es seleccionado por la dirección como

conejillo de Indias y se ve de pronto amarrado a lo que, esencialmente, es un perno de cuerpo completo instalado detrás de una plataforma giratoria equipada con platos de comida. Las cosas se descontrolan cuando la máquina se estropea y el dispositivo encargado de rotar mazorca de maíz empieza a acelerarse y a estampar la mazorca en la cara del Vagabundo una y otra vez.

La avería de la mazorca de maíz es uno de los momentos cinematográficos más divertidos que he visto. Por un lado, el director se burla del afán del capitalista para optimizar todo

el tiempo por el que ha pagado, es decir, de exprimir al trabajador para que haga más cantidad de trabajo en la misma cantidad de tiempo. (Si los seres humanos pudiéramos comer maíz más deprisa, quizás esa mazorca girando a lo loco no sería un problema.) Por otro lado, hace burla de la idea del humano asimilado a un ritmo disciplinario: del mismo modo que está obligado a mantener el ritmo de la cadena de montaje y reducir al mínimo las visitas al cuarto de baño, también debe seguir el ritmo con el que la máquina de comer le entrega los alimentos. Él mismo tiene que convertirse en una máquina de comer.

En ese mundo, el tiempo es un insumo más, exactamente igual que el agua, la electricidad o las mazorca de maíz. En 1916, la International Time Recording Company de Nueva York publi-

**You pay them
CASH!
How Much TIME
do They pay You?**

Each workman in your factory is supposed to put in a definite number of working hours and minutes in return for every penny paid to him. These working hours are elapsed time—figures which are supposed to be recorded on the Labor Card, or Time Ticket.

Unless elapsed time records are absolutely accurate in every detail, how can the Auditor make up a correct payroll—how can the Superintendent determine his men's productivity—how can the President successfully direct the forces of production and sales?

Here is an important question—elapsed time. Be certain—know with precision the exact time on every job for every man—to the last minute—for any number of workmen—as calculated by the Calculagraph. This remarkable machine stamps the starting and ending times—together with the automatically computed elapsed time for each job—indelibly upon the time ticket, making an indisputable and permanent record. Never an error—no electrical troubles—and the Calculagraph fits into any cost system, using any style of time ticket.

It is surely worth while to any executive to learn more about the Calculagraph and its 30 years of service to American industry. Why not write at once for our useful booklet? It's called *Elapsed Time Records* and contains much general information and data on the subject of elapsed time. And it's free upon request.

ELAPSED TIME
Checked at a Glance!

THE CALCULAGRAPH COMPANY
50 Church Street Dept. 17 New York City

CALCULAGRAPH
The Elapsed Time Recorder

caba en *Factory Magazine* un anuncio que hacía explícita esta conexión. Interpelando al jefe de la fábrica, decía: «El tiempo le cuesta dinero. Usted lo compra igual que compra cualquier materia prima». ⁵ Para exprimir al máximo el valor de esa materia prima tiempo, el empresario recurre a la vigilancia y al control. En un número de *Industrial Management* de 1927, *Calculagraph*, otra empresa dedicada al registro del tiempo, lo expresaba de esta manera: «¡Usted les paga con DINERO! ¿Con cuánto TIEMPO le pagan ellos a usted?». ⁶

Esa última pregunta únicamente tiene sentido desde el punto de vista del dueño de la fábrica, que no contabiliza solo el tiempo que ha transcurrido, sino el tiempo que se ha dedicado específicamente a producir valor para él. El Vagabundo ejemplifica esta diferencia cuando, obedientemente, ficha al entrar al cuarto de baño y vuelve a fichar a la salida, cuando el jefe le obliga a dar por terminado su descanso. Tampoco es que sea una exageración. En la historia del trabajo, las cosas pueden alcanzar un nivel de detalle bastante minucioso: en las cien mil palabras que componen el reglamento del que se dotó *Crowley Iron Works* en el siglo XVIII, entre las deducciones del tiempo listadas se incluían «encontrarse en tabernas, cervecerías, casas de café, desayuno, almuerzo, jugar, dormir, fumar, cantar, leer las noticias, pelear, contender, disputar o cualquier cosa ajena a mis asuntos, en cualquier caso, holgazanear». ⁷ Dicho de otro modo, un lema más preciso para el anuncio de *Calculagraph* podría haber sido: «¿Cuánto TIEMPO DE TRABAJO le pagan ellos a usted?».

Quizás esta forma de experimentar el tiempo parezca anticuada, algo propio de los trabajos típicos de la era industrial. Pero, en los empleos de salarios bajos, el tiempo sigue entendiéndose hoy en su dimensión de intensificación y control, ahora acrecentados por mor de la ordenación algorítmica y de la aceleración del procesamiento. En su libro de 2019, *On the Clock: What Low-Wage Work Did to Me and How It Drives America Insane* [A tiempo. Cómo el trabajo mal pagado me afectó a mí y a Estados Unidos], Emily Guendelsberger describe precisamente esa realidad:

Cuando trabajaba en un almacén de Amazon en las afueras de Louisville, Kentucky, hacía cada día hasta veinticinco kilómetros caminando para mantener el ritmo al que debía recoger los pedidos. Un escáner con GPS rastreaba mis movimientos y me informaba constantemente de los segundos que me quedaban para completar mi tarea.

Cuando trabajaba en un *call center* del oeste de Carolina del Norte, me dieron un sermón en el que me explicaron que ir al baño demasiado a menudo era lo mismo que robarle a la empresa, y llevaban un registro de los minutos que pasaba en el baño, que diariamente se enviaban en un informe a mi supervisor.

Cuando trabajaba en un McDonald's del centro de San Francisco, faltaba personal hasta tal punto que siempre había una fila interminable de clientes: todo el mundo trabajaba a una velocidad frenética, la velocidad de estar en la mierda con las que trabajaban las camareras de mi juventud durante todo el turno casi todos los turnos.⁸

Un siglo después de que Calculagraph exhortara a los propietarios de las fábricas a «saber con seguridad —conocer con precisión el tiempo exacto que cada hombre dedica a cada tarea— hasta el último minuto», la pistola escáner de Amazon de la que habla Guendelsberger realiza esa misma función diligentemente, hasta el último segundo. Cuando describe el diseño meticulosamente opresivo del espacio de trabajo de Amazon, Guendelsberger habla de Frederick Winslow Taylor, el ingeniero mecánico que, a principios del siglo xx, espoleó la obsesión por dividir las tareas industriales en segmentos minuciosamente cronometrados: «Mi pistola de escáner es su visión [la de Taylor] encarnada: es mi cronómetro personal y un despiadado robot-mánager todo en uno [...]. ¿Se horrorizaría Taylor si supiera que los temores que guardaba acerca del posible abuso de sus ideas se ha hecho realidad? ¿O se correría en los pantalones?».⁹

Mientras tanto, una especie de «robot-mánager» ha empezado a expandirse más allá del lugar de trabajo. Durante la

pandemia del covid-19, a medida que la gente empezaba a trabajar desde casa, la instalación en sus ordenadores de sistemas de seguimiento como Time Doctor, Teramind y Hubstaff experimentó un crecimiento enorme.¹⁰ En algunos de estos sistemas es la propia persona la que pasa un informe de sus actividades de trabajo, pero otros monitorean a los empleados por medio de registros de pulsaciones de teclas, capturas de pantalla, grabación de vídeo continua y técnicas de OCR (reconocimiento óptico de caracteres) que permiten a la empresa hacer búsquedas por términos en los chats y los correos electrónicos de los asalariados. «Saque el máximo provecho al tiempo de sus empleados —dice el sitio web de Insightful (antes Workpuls), que ofrece sistemas de monitoreo—. El tiempo es dinero. Descubra lo que sus empleados hacen exactamente cada minuto del día mediante un monitoreo exhaustivo y un completo análisis de productividad.» En un artículo sobre el teletrabajo publicado en la web estadounidense de noticias Vox, una traductora que trabaja para una agencia de traducción con sede en Australia se lamentaba: «Mi mánager sabe exactamente cada una de las cosas que hago [...] casi no puedo ni levantarme a estirar, a diferencia de cuando estoy físicamente en la oficina».¹² Esta irritante conciencia de la presencia del jefe ejemplifica la doble función que desempeña la vigilancia en el lugar de trabajo como acicate y como mecanismo disciplinario a la vez.

En un artículo en el que se valoraban distintos sistemas de monitoreo de empleados publicado en 2020 por *PCMag*, se señalaba que las características de dichos sistemas fomentan la productividad y no la vigilancia.¹³ Pero el mismo artículo habla de que estos sistemas establecen alertas automáticas y «recogen las transgresiones de los trabajadores en informes que más tarde pueden usarse para tomar medidas disciplinarias contra los empleados». Quizás esta confusión tenga que ver con el hecho de que productividad y vigilancia son dos caras de la misma moneda. «Solo por saber que el ordenador tiene un *software* de monitoreo, los empleados ya estarán más centrados —dice Insightful—. La empresa puede estar segura de que su atención

está puesta donde debe estar.»¹⁴ El *software* oportunamente llamado StaffCop («poli de la plantilla») muestra a la empresa una hoja de cálculo con los minutos trabajados, clasificados en cinco categorías: *Premium*, Productivo, Neutral, Improductivo e Incidente.¹⁵ Aunque la vigilancia está, en parte, destinada a evitar filtraciones de datos, toda la estructura parece implícitamente diseñada para conseguir que la mayoría del tiempo por el que se paga a los empleados se convierta en tiempo *Premium*. El sitio web de StaffCop, por ejemplo, incluye en el mismo eslogan tanto «Optimización de la productividad» como «Detección de amenazas internas».

Cuando, en 2020, Microsoft lanzó una herramienta de métricas de productividad individualizadas para Office 365,* el crítico y novelista Cory Doctorow no tardó en identificar el fenómeno como la «Curva de adopción de la tecnología mierdera» en la que las tecnologías de la opresión van ascendiendo por el «gradiente del privilegio»: «La primera versión se prueba con las personas solicitantes de asilo, las que están en prisión y las que trabajan en talleres clandestinos en el extranjero. Lo más escabroso de sus filos se suaviza limándose contra las zonas sensibles de estas personas y, una vez que la tecnología se ha normalizado un poco, se la infligimos a estudiantes, pacientes de salud mental y trabajadores industriales».¹⁶ Doctorow explica que la vigilancia en el teletrabajo ya se había utilizado con personas que trabajan para *call centers* atendiendo las llamadas desde sus casas, contingente que estaba mayoritariamente formado por mujeres negras pobres. Durante la pandemia, esta forma de vigilancia se extendió hasta el estudiantado universitario que de-

* Después de presentar el Microsoft Productivity Score en otoño de 2020, Microsoft tuvo que hacer frente a un importante volumen de críticas que mostraban preocupación por la privacidad del usuario. La siguiente versión del Productivity Score ya no incluía la capacidad de asociar los datos recogidos con los nombres de usuarios particulares. [Spataro, Jared, «Our commitment to privacy in Microsoft Productivity Score», Microsoft 365, 1 de diciembre de 2020, microsoft.com/en-us/microsoft-365/blog/2020/12/01/our-commitment-to-privacy-in-microsoft-productivity-score/.]

bía formarse en remoto y, finalmente, a los oficinistas que trabajan desde casa.

Es muy posible que tú, en concreto, trabajes en algún sitio que te otorga un grado de confianza y de autonomía temporal mayor del que yo estoy describiendo aquí. Aun si se trata del caso, esta forma estandarizada y a menudo punitiva de cómputo del tiempo resulta relevante para tu situación por varias razones. En primer lugar, porque caracteriza la experiencia del tiempo que hoy tienen muchos trabajadores durante sus horas de trabajo, en muchos sectores, entre ellos los que sostienen la vida cotidiana del resto de las personas. Pero, desde una perspectiva más general, porque encarna aspectos de la estandarización, la intensificación y el disciplinamiento que afectan al modo en el que normalmente pensamos acerca de la productividad e incluso sobre la propia «materia» del mismo tiempo.

Sobre la alambrada se posa un mosquero negro y se nos queda mirando, aleteando la cola. Detrás, los contenedores muestran diversos nombres rotulados con tipografías distintas: Matson, APC, Maersk, CCA CGM, Hamburg Süd, Wan Hai, Cosco, Seaco, Cronos. Con excepción de algunos contenedores cuyo tamaño es exactamente la mitad del de los demás, el resto tienen el mismo tamaño y forma, los que en la década de 1970 se convirtieron en el estándar de la industria porque hacían más fácil y ágil el transporte entre tierra y mar.¹⁷ Bajo su apariencia igual y opaca encierran un revoltijo inimaginable —cosas como fingers de pollo congelados, cera, melocotones, ovillos de hilo, toallitas de microfibra, leggings, semillas de calabaza y tenedores de plástico— y lo vuelven uniforme y legible. Hasta el día de hoy, los contenedores se fabrican según las especificaciones de la Organización Internacional de Normalización (ISO, por las siglas en inglés de International Organization for Standardization).



El tiempo entendido como dinero (en su sentido más literal) representa lo que Allen C. Bluedorn denomina tiempo fungible, que significa que, igual que el dinero, es consistente y puede subdividirse infinitamente.¹⁸ Medir el tiempo fungible es como imaginar una serie de contenedores estandarizados que ofrecen la posibilidad de llenarse de trabajo; es más, existe un acicate urgente por que llenemos dichas unidades de tiempo con tanto trabajo como sea posible. Contrariamente a la duración de la vida o, siquiera, a la de los procesos del cuerpo humano, cada hora debe ser indistinguible de las demás: debe mostrarse descontextualizada, despersonalizada e infinitamente divisible. En su forma más deshumanizadora, este planteamiento convierte a las personas en repositorios individuales intercambiables de ese material de tiempo utilizable: tal como lo expuso Marx, «nada más que tiempo de trabajo personificado».¹⁹

Este concepto del tiempo fungible como dinero está tan normalizado que resulta muy fácil darlo por sentado. Pero, en realidad, combina dos cosas que no son tan naturales como se pudiera creer: (1) una medida abstracta de cantidades de tiempo iguales, como las horas y los minutos, y (2) una noción de la productividad que segmenta el trabajo en intervalos también iguales. Todos los sistemas de cómputo del tiempo y todas las medidas de valor reflejan las necesidades de la sociedad que los ha establecido. Por ejemplo, en nuestro sistema, formado por

unidades de tiempo estandarizadas, cuadrículas y zonas horarias, aún podemos detectar la huella de los crisoles cristiano, capitalista e imperialista que le dieron forma. Para entender la invención del reloj mecánico moderno —escribe el historiador David Landes— hay que preguntarse primero a quién le hacía falta.²⁰

El mundo antiguo disponía ya de toda una serie de artilugios destinados a medir el tiempo en el marco del día: los relojes solares, que se basaban en el desplazamiento del sol; las clepsidras, que utilizaban un flujo de agua; y los relojes de fuego, que se basaban en la velocidad a la que se consume el incienso. No obstante, durante la mayor parte de la historia humana, no ha existido ninguna necesidad de dividir el día en unidades numéricas iguales, y mucho menos de saber la hora que era en un momento concreto. Por ejemplo, en el siglo xvi un jesuita italiano llevó unos relojes mecánicos a China —país que contaba ya con una larga tradición en el empleo de relojes astronómicos accionados por agua, pero donde la organización de la vida y del trabajo no estaba estructurada en torno a nada más específico numéricamente que las fechas del calendario— y aquellos no gozaron de ninguna aceptación. En el siglo xviii, incluso, un libro de referencia chino tildaba los relojes occidentales de «simples extravagancias intrincadas, para el placer de los sentidos»; objetos que «no satisfacen ninguna necesidad básica».²¹

La verdadera historia de cómo surgieron nuestras horas medibles, contables e iguales no es sencilla. Landes sugiere que con el desarrollo de las horas canónicas cristianas, y en particular bajo la Regla de san Benito en el siglo xvi, se produjo una desviación clave.²² La Regla, que después se extendería a otras órdenes, señalaba siete momentos específicos del día en los que los monjes benedictinos debían orar, y un octavo más en plena noche.²³ La Regla, que dictaba que «la ociosidad es enemiga del alma», describía también castigos para aquellos monjes que no se apresuraran lo suficiente en acudir a la señal del trabajo o la oración.* Cinco siglos después, los monjes cistercienses, para

* En la sección «Los que llegan tarde a la obra de Dios o a la mesa», se describen castigos como el de permanecer en «el lugar separado que el

los que la empresa espiritual era también una empresa económica, intensificarían esta disciplina temporal.²⁴ Con sus campanarios y otras campanas más pequeñas instaladas por todo el monasterio, la «sensibilidad temporal» de los monjes subrayaba la puntualidad, la eficacia y la capacidad de «aprovechar este precioso regalo del tiempo ordenándolo y poniéndolo en uso». En aquel momento, los monjes contrataban regularmente mano de obra y dirigían las granjas, las minas y otros de los proyectos de estilo fabril más eficientes de Europa.

Las horas canónicas no son horas equiparables, y las campanas de los monjes operaban más como un sistema de alarma que como un reloj.²⁵ Pero el funcionamiento de algunas de ellas empleaba diseños parecidos al del escape, con mecanismos de péndulo en vez del fluir del agua. Landes dice que es «una consecuencia fortuita» que el uso de esta tecnología desarrollada en los monasterios se popularizara en un contexto nuevo: el de los relojes públicos y privados que fueron extendiéndose a medida que las ciudades europeas se convertían en centros de concentración del poder y de la actividad comercial.²⁶ Las campanas siguieron sirviendo como herramientas de coordinación, pero esta vez en servicio de las necesidades de la clase burguesa. Los relojes no solo prestaban servicio en la actividad comercial, sino que también señalaban los límites que acotaban el valor del día de trabajo que se compraba a una clase trabajadora que no disponía de más cosa para vender que su tiempo de trabajo. A diferencia de las horas canónicas de la iglesia católica, las horas que marcaban los nuevos relojes mecánicos de torre sí eran iguales, contables y fáciles de calcular. Si bien las unidades de tiempo estándar no fueron una creación del propio capitalismo, sí que le resultaron útiles para im-

abad determine para tales negligentes, para que sea visto por él y por todos», comiendo solo, y privado de su porción de vino. [San Benito de Nursia, *Saint Benedict's Rule for Monasteries, or, Rule of Saint Benedict, Colledgeville*, The Liturgical Press, 1948, caps. 43 y 48, Project Gutenberg eBook, gutenberg.org/files/50040/50040-h/50040-h.htm. Una versión en español puede encontrarse, por ejemplo, en el sitio web del monasterio de Santa María de Huerta: <<https://monasteriohuerta.org/regla-san-benito/>>.]

poner su afán de uniformización sobre los trabajadores, las actividades estacionales y las latitudes.

La separación que entonces se estableció entre el tiempo y su entorno físico aún mantiene su huella en nuestras expresiones cotidianas. John Durham Peters señala en su libro *The Marvelous Clouds*, que *o'clock* ('en punto') significa *of the clock* ('del reloj'), a diferencia de otros estándares menos artificiales (como, por ejemplo, la luz que haya en el lugar concreto donde nos encontremos).²⁷ Seguir el tiempo del reloj era expresión de una supuesta dominación sobre el mundo natural cercana a otros ideales racionalistas como la imposición de una retícula abstracta sobre un paisaje decididamente diverso. Una hora era una hora de reloj, independientemente del lugar y de la estación en los que transcurriera, igual que una «hora-hombre» debía ser una hora, independientemente de quién fuera dicho hombre. Esto resultaba igual de útil para regular el trabajo que para conquistar territorios. Los relojes de agua podían congelarse y los relojes de sol podían no ser legibles en los días nublados, pero un reloj de escape jamás dejaría de marcar sus intervalos y su tamaño podía hacerse cada vez más pequeño. No es ninguna casualidad que el cronómetro marino, un reloj capaz de marcar las horas en alta mar, apareciera en la Inglaterra del siglo XVIII, una potencia colonial en pleno auge de su dominio internacional.²⁸ Como seguidamente veremos, esta tecnología permitía no solo la navegación, sino también la exportación a todo el mundo del reloj y el tiempo del reloj.

Teniendo en cuenta lo común que ha llegado a ser este tipo de tiempo, lo más fácil sería pensar que países como Inglaterra fueron los primeros que se dotaron de un sentido del tiempo «más exacto» o «más real». Sin embargo, yo insistiría en que todos estos desarrollos se dieron en respuesta a alguna «necesidad básica» culturalmente específica. Igual que con anterioridad no había surgido necesidad alguna de conocer la hora del día, tampoco se había presentado la necesidad de coordinación temporal entre grandes distancias hasta que, en Inglaterra, aparecieron las diligencias del servicio postal y, más tarde, el ferrocarril.²⁹ A partir de la década de 1850, en Greenwich, Inglaterra, se instalaron unos «relojes maestros» que, por medio de pulsaciones eléctri-

cas, exportaban la hora media de Greenwich (GMT, por sus siglas en inglés, Greenwich Mean Time) a unos «relojes esclavos» instalados por todo el país para que los trenes operaran según el mismo horario.³⁰ Estados Unidos y Canadá, por el contrario, tenían ferrocarriles pero no tuvieron zonas horarias hasta 1883, y los sistemas ferroviarios de ambos países se vieron perjudicados por ello. De ahí el tono de exasperado reconocimiento que manifiesta la introducción de una guía de trenes de 1868, que ofrece un «horario comparativo» del mediodía en noventa ciudades con el mediodía en el centro del poder, Washington D. C.:

No existe un «Tiempo Ferroviario Estándar» en Estados Unidos ni en Canadá, sino que cada compañía adopta de forma independiente la hora de su propia localidad, o la del lugar en el que esté ubicada su oficina principal. Lo inconveniente de tal sistema, si es que puede dársele el nombre de sistema, resulta evidente para cualquiera [...]. Por causa de esto se han producido un buen número de errores de cálculos y pérdidas de conexiones, que no pocas veces han arrojado graves consecuencias para las personas y, por descontado, han desacreditado a todas las Guías de Ferrocarril, que necesariamente deben ofrecer las horas locales.³¹

No resulta demasiado sorprendente que la persona que, en 1879, propuso el establecimiento de unas zonas horarias internacionales fuera un ingeniero que se había vuelto un entusiasta de la estandarización del tiempo durante la época en la que estuvo colaborando en el diseño de la red ferroviaria canadiense. En su tratado «Time-Reckoning for the Twentieth Century», escrito en 1886, Sandford Fleming describe exactamente lo contrario del concepto de hora local: es decir, la tierra entera se regiría por un «día cósmico», dentro del marco de una de las veinticuatro zonas horarias que partían de Greenwich (Inglaterra), donde unos años antes se había establecido el meridiano principal.³² «El día cósmico es una nueva medida de tiempo totalmente ajena a lo local», declara. Fleming consideraba que mantener un «vínculo de necesidad entre el número de las horas y la posición del sol en cada uno de los firmamentos locales» era algo inconveniente y obsoleto.

Fleming también abogó por un reloj de veinticuatro horas, similar a lo que hoy llamamos «hora militar». Tan interesado estaba en este cómputo estandarizado del tiempo que quería que todo el mundo adhiriera a sus relojes una «esfera suplementaria» de papel que mostraría las horas desde la trece hasta la veinticuatro. «El comité es consciente de que estos parecen ser asuntos insignificantes —escribe—, pero no pocas veces las cuestiones de gran trascendencia se dirimen en los pequeños detalles.»³³ Ni el reloj de veinticuatro horas ni la propuesta específica de las zonas horarias de Fleming se adoptaron en la Conferencia Internacional del Meridiano en 1884, pero finalmente sí se acabaron estableciendo veinticuatro zonas horarias internacionales que tenían a Greenwich (Inglaterra) en el centro.³⁴ En nuestro actual Tiempo Universal Coordinado (UTC), Greenwich sigue estando en el centro (UTC+0).

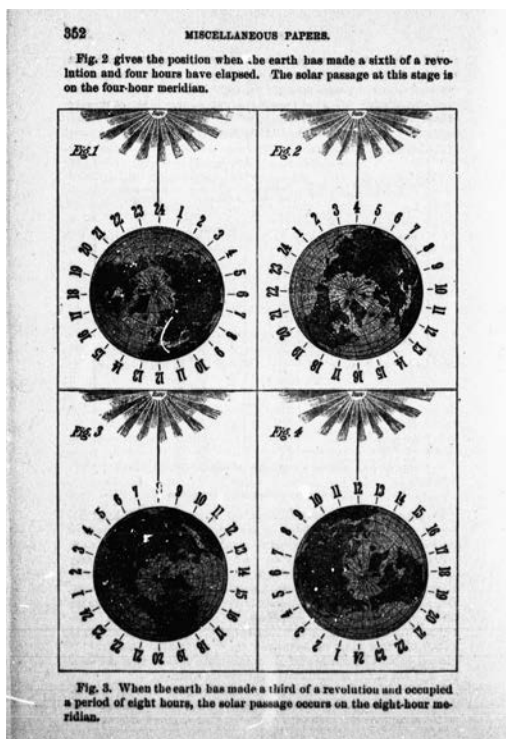


Figura del informe «Time-Reckoning for the Twentieth Century», de Sanford Fleming (1886).